

PALABRAS PREVIAS DE RAFAEL ALBERTI



HE aquí el número 100 de LITORAL, este número máximo, estas siete altas letras, como siete veleros rutilantes de las costas de Málaga. Ahora pienso en aquellas navidades de 1925, cuando yo me encontraba en las serranías cordobesas, caído en aquella blanca hondonada que se llama Rute, un gran pueblo que entonces fue refugio invernal para mi salud algo quebrantada, así como surco también, tierra abonada, entre sus cales y sus montes, para la vara verde de mi naciente poesía. Pienso, digo, en esos días finales de aquel año, en el que recibí una carta firmada por Emilio Prados y Manolito Altolaguirre, anunciándome el nacimiento de esta revista, cuya llegada ahora a tan altísima cima celebramos, con el recuerdo y devoción latentes en sus páginas de uno de sus dos grandes creadores: Emilio Prados.

¡Qué largo y arriesgado camino el de este LITORAL de postguerra por lograr que su nombre, esa franja de ribera andaluza, entrase y viajase tierra adentro, expandiéndose aún fuera de España! Heroica —justa palabra— ha sido la batalla constante que José María Amado ha reñido para que LITORAL saliese incólume de tantos años oscuros, castigadores, delictivos, hasta

alcanzar ahora esta gloriosa cifra, casi única, tratándose de una revista de tan pura poesía. Y justo es que quien tanto amó y defendió al ignorado o atacado entonces "Grupo del 27" ensalce y haga presente aquí a uno de sus mejores poetas, durante mucho tiempo de velado prestigio, un tan alto poeta, esquivo, dulce y encerrado en sus internos claroscuros, buceador, expresador de sus propias minas secretas, sin olvidar aquellos exaltadores años en que se dio a su pueblo, de manera más clara, más sencilla, creando tantos romances y poemas de altura, que hoy, desposeídos de toda circunstancia, se sostienen igual que su otra poesía, las más íntima, excavadora de sus galerías profundas.

A ti, José María y a todos los que te acompañaron en tu lucha por el sostenimiento de LITORAL, desde Roma, mi admiración y mi cariño, con el deseo ferviente de que nuestra revista alcance los tiempos más lejanos.

Rafael Aizpuru

Roma, enero 1981.